

SANTA OLALLA SALUDES, Pablo Martín de: *De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el «primer franquismo» (1939-1953)*. Laertes, Barcelona 2003, 267 pp.

Dice Hilari Raguer, en el prólogo de este libro, que el autor ha trazado la historia con riqueza de datos y talento narrativo. Efectivamente. Se nos hace una reconstrucción minuciosa no sólo de las relaciones diplomáticas entre la Iglesia y el Estado desde la guerra civil hasta el Concordato de 1953, sino también del ambiente religioso e ideológico durante aquellos años, de los principales agentes de la recatolización de España y de los frutos más logrados de la misma. Para ello el autor ha utilizado, además de la abundante bibliografía del período, la documentación de los principales archivos diplomáticos (de la Embajada Española ante la Santa Sede y del Ministerio de Asuntos Exteriores), las fuentes impresas oficiales eclesiásticas y civiles, y los periódicos y revistas católicos, entre los que destaca *Ecclesia*.

Este bagaje documental se expone con habilidad narrativa. Llama la atención que una historia tan intrincada no aparezca numerada, como es costumbre, en capítulos y subcapítulos. El argumento se engloba en tres apartados. Después de los «antecedentes» (anticlericalismo de la II República y actitud de la Iglesia durante la Guerra civil), se va exponiendo la historia en dos etapas. La primera comprende los años 1939 a 1948 (el restablecimiento de la confesionalidad católica del Estado; la recatolización de los españoles y el auge político de la Iglesia). La segunda abarca los años 1948 a 1953 (gestación y consumación del Concordato). El contenido de cada una de estas dos etapas se va desgranando en sucesivos temas o epígrafes: 29 en la primera etapa, y 14 en la segunda. Con ello se comunica la impresión de una historia lineal, en la que los distintos mimbres argumentales forman un todo seguido y compacto. La trama está bien contada, en un estilo sobrio y enjundioso. La información se completa con unas notas muy ricas, especialmente en las semblanzas biográficas de algunos personajes. Ayuda también el tono imparcial, que aborda los temas con objetividad, sin caer en consideraciones moralizantes ni en descalificaciones partidistas de uno u otro signo. Lo que no impide que el autor exprese, sobre todo en la conclusión, sus juicios, siempre atinados, sobre temas primordiales.

El eje de la historia lo forman las relaciones diplomáticas entre la Iglesia y el Estado. Unas relaciones que tienen un denominador común: la confesionalidad católica del Estado Nacional. Confesionalidad, con todas sus consecuencias, que se manifiesta primero en cuatro grandes acuerdos con la Santa Sede: presentación de obispos (1941), provisión de beneficios no consistoriales (1946), seminarios, universidades y estudios eclesiásticos (1946), y jurisdicción castrense (1950). Estos acuerdos diplomáticos se completaban con una legislación favorable, en la que el Régimen otorgaba constantes privilegios y facilidades a la Iglesia, de carácter económico, representativo o educativo. Nada tiene de extraño que una política confesional tan generosa y constante culminara en el Concordato de 1953, que recapitula y completa los anteriores acuerdos; y por eso es juzgado con razón como el fin de un largo proceso, más que como el comienzo de una nueva época. Así se

explican las alabanzas que recibió el Concordato, y al mismo tiempo su efímera vigencia, que cedió cuando el Concilio Vaticano II impuso otro espíritu y estilo a las relaciones de la Iglesia con el mundo moderno.

Este panorama legislativo y diplomático aparece en el libro perfectamente enlazado con las circunstancias históricas y ambientales que le dan explicación y sentido. El Concordato fue una consecuencia de la historia política y religiosa de España desde 1931. El laicismo agresivo de la República y la gran persecución religiosa durante la Guerra explican la reacción casi uniforme de la Iglesia, manifestada en la carta colectiva del episcopado en 1937, que veía la Guerra como una cruzada y el régimen del 18 de julio como una salvación frente a la hecatombe. El Estado Nacional, por su parte, al mismo tiempo que apoyaba a la Iglesia, la convertía en uno de sus tres pilares, junto al Ejército y la Falange.

La colaboración eclesiástica con la España de Franco recibía la aquiescencia del Vaticano, pero no sin reticencias, sobre todo al principio, debido a la alianza de Franco con la Alemania nazi. El fin de la guerra mundial y el aislamiento internacional pusieron al régimen de Franco en una situación muy comprometida. Así se explica que, a partir de 1945, el Caudillo buscara un contrapeso a la Falange en el catolicismo político, incluyendo a los propagandistas en el gobierno. La acción diplomática de Martín Artajo y sus amigos (Ruiz Jiménez y Castiella) fue decisiva para ofrecer ante el mundo, y sobre todo ante Roma, una imagen menos fascista y más católica. Es el momento del auge del nacionalcatolicismo, que fundía estrechamente los ideales patrióticos y religiosos. Aquel combinado de ideología y praxis, unido a los apoyos del Régimen a la Iglesia, y al éxito de alardes como el Congreso Eucarístico de Barcelona (1952), vencieron las últimas reticencias de Pío XII.

La confesionalidad culminada en el Concordato estuvo acompañada de la «recatolización» de la sociedad. El autor dedica páginas enjundiosas a este proceso de transformación religiosa de España, analizando el talante de sus principales agentes, y de sus manifestaciones más llamativas. Entre los agentes aparece, en primer lugar, el clero, en todos sus estamentos. La jerarquía se mostraba afectada al régimen, pero no formaba un bloque uniforme, pues hubo dos cardenales rebeldes (Vidal y Segura) y obispos marginados (entre los que se recuerda al calumniado Fidel Martínez, a los vascos Múgica y Olaechea y al antifranquista Pildain). Es el momento del auge vocacional en unos seminarios repletos, y del esplendor de las congregaciones religiosas, de importancia capital en la educación.

Se analizan también los grupos seculares más relevantes: Acción Católica, ACN de Propagandistas, y Opus Dei. La importancia de los Propagandistas en el campo político, diplomático y educativo queda bien subrayada, como lo demuestra la decisiva gestión de Martín Artajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y de los embajadores en el Vaticano Ruiz Jiménez (antes de ser ministro de Educación) y Castiella. Las cartas de este último a Martín Artajo, dándole cuenta de las dificultades y cicaterías del Vaticano, son uno de los pasajes más novedosos del libro. La importancia del Opus Dei

queda bien resaltada, desde una actitud distante, aunque respetuosa y objetiva. Son los años fundacionales de la Obra, que nació entre polémicas, y se distinguió por su elitismo y secretismo. Su consolidación y crecimiento fue sorprendente, y se manifestó en el «asalto» a las cátedras, la Universidad de Navarra, el éxito de *Camino*, la Editorial Rialp, y el acceso al poder, con los ministros tecnócratas de los años sesenta. El Opus ofrecía a los seglares una espiritualidad en la vida diaria y un protagonismo autónomo que no fueron capaces de proporcionar otras asociaciones religiosas. La colaboración de los sectores dirigentes de la Iglesia con el régimen apenas quedó empañada, aquellos años, por las disidencias de algunos católicos intelectuales (conversaciones de San Sebastián y de Gredos), por algunas revistas (*Signo, Tu, El Ciervo*) y por los grupos obreros de Acción Católica (HOAC, JOC). Eran los primeros fermentos de una oposición que llevará a la crisis de los años sesenta.

La recatolización de España no sólo se manifestaba en las altas esferas. Hubo exageraciones en la moral puritana que se impuso en la censura de las ideas y películas o en las normas sobre las modas, las playas y los trajes de baño. En cambio, hubo respuestas admirables en la atención a los desfavorecidos, a través de instituciones como *Caritas* y otras organizaciones de asistencia social. El libro se limita a indicar estos campos de acción asistencial, así como la extensa actividad educativa a favor de las clases populares. Son años en que las escuelas profesionales de los religiosos llegan a superar a los colegios de segunda enseñanza. Instituciones como las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia, fundadas en 1940 por los jesuitas de Andalucía, podían haberse aducido como uno de los ejemplos más significativos de un espléndido servicio al pueblo dentro de los parámetros del régimen franquista.

Las conclusiones resumen con acierto los resultados de la investigación y plantean consideraciones dignas de meditar a la luz de una historia demasiado reciente todavía para contemplarla sin indiferencia, aunque lo bastante lejana para poder deducir lecciones saludables de los errores. La historia de la Iglesia es una mezcla de luces y sombras. Parece claro que el Concordato es la culminación de una estrecha colaboración entre la Iglesia y el régimen de Franco; y que esa respuesta de la Iglesia venía condicionada por la torpeza de la política de la segunda República y por la gran masacre. La Iglesia se dejó querer por el régimen franquista, y el catolicismo político le compensó con grandes servicios. Pero la Iglesia no estuvo solo al lado del poder, pues también se ocupó de los desfavorecidos. El mayor éxito lo obtuvo en la educación, donde cumplió un papel importante para el futuro, formando a unas generaciones más homogéneas, que serán capaces de afrontar la transición con espíritu de concordia. La página más negra fue el silencio de la Iglesia ante la represión; una omisión por la que pedirá perdón años más tarde, en la asamblea conjunta de obispos y sacerdotes de 1971.

Manuel Revuelta González

Universidad Pontificia de Comillas. Madrid